

luciones del siglo XX y ver, que a pesar de su originalidad en ese contexto (es la primera revolución campesina del siglo XX), su lógica se inscribe dentro de la misma que gobernó a las demás.

Francisco Zapata
El Colegio de México

MARIO OJEDA REVAH, *México y la guerra civil española*, Madrid, Turner, 2004, «Armas y letras, 15», 341 pp. ISBN 84-7506-698-4

Mario Ojeda Revah explora en este libro una ya vieja, pero siempre digna página de la historia de México: la que constituye el apoyo mexicano a la segunda República española en los años de 1930. El autor se acerca al tema con la hipótesis central de que Lázaro Cárdenas se solidarizó con la segunda República para “conjurar cualquier posibilidad de que la derecha mexicana intentara un levantamiento semejante al de España”. Según Ojeda, así “debe leerse la frase recurrente de Cárdenas: ‘al defender a España, defendemos a México’. Su insistencia [de Cárdenas] en el derecho de la República a defenderse a sí misma era una llamada a las grandes potencias, y muy particularmente a Estados Unidos, para que apoyaran a su gobierno e impidieran una reedición de los sucesos españoles en México” (p. 23).

Para comprobar esta hipótesis el autor indaga en fuentes secundarias, hemerográficas y en materiales de archivo, y finalmente, presenta el resultado de su investigación en siete capítulos. En los dos primeros narra las relaciones hispano-mexicanas desde 1821, año de la independencia mexicana, hasta el estallido de la guerra civil en España. Los tres siguientes examinan, respectivamente, el apoyo material y la solidaridad diplomática, la ayuda militar, y la presencia y actividades de los mexicanos en España durante la contienda. El sexto y el séptimo pretenden explicar las repercu-

siones de la guerra en la política y la sociedad mexicanas y cómo la derrota republicana incidió sobre la Revolución.

Para corroborar la hipótesis mencionada hubiera sido necesario que el autor demostrara el peso contundente y amenazante de las organizaciones de derecha. Esto sólo lo podría hacer con fuentes nuevas, ya que hasta ahora la documentación ha mostrado que en México esas organizaciones opuestas al gobierno de Cárdenas y a su política reformista, si bien llegaron a tener un peso importante —la Unión Nacional Sinarquista era la segunda fuerza política en importancia después del partido en el poder— no llegaron a constituir una amenaza grave para el régimen, como tampoco lo hicieron los generales desafectos, Saturnino Cedillo y Juan Andrew Almazán. También se requeriría contar con documentación original suficiente para comprobar otro planteamiento que se repite a lo largo del libro: que los acontecimientos españoles marcaron de diversas maneras el ritmo de este momento de la historia de México y que incluso llegaron a ser definitivos para ella.

El capítulo titulado “Demasiado parecidos. Repercusiones de la guerra civil en la política y la sociedad mexicanas”, se sustenta en 104 notas al pie de página de las cuales sólo nueve se refieren a investigación de archivo. Ciertamente, el autor se remite a la prensa y a alguna publicación de la época, pero su principal soporte es la bibliografía, ignorando, por cierto, estudios significativos al respecto como los de Romana Falcón, Alicia Hernández Chávez, Adolfo Gilly y Arnaldo Córdova, entre otros. Algo muy similar sucede con el capítulo “El triunfo de la reacción. La derrota de la República y sus efectos sobre la revolución mexicana”, pero en este caso sólo siete de 107 referencias remiten a materiales de archivo. Pudiera ser que estas pocas referencias novedosas fueran la clave del vuelco que el autor pretende dar a lo que hasta hoy sabemos sobre el tema que investiga, pero desafortunadamente no es así, y tampoco lo son los otros materiales en los que se apoya.

El libro más bien corrobora lo que ya sabíamos, que las organizaciones políticas y amplios sectores de la sociedad mexicana tuvieron profundas simpatías por sus similares españoles —de derecha y de izquierda—; en este sentido, lo que sucedía en España les importaba. No hay duda de que las organizaciones de derecha mexicanas se envalentonaron con los éxitos y la victoria definitiva del franquismo y tuvieron un crecimiento importante en los años de la guerra civil española, pero que pusieran en riesgo al gobierno de México —“estuvieron muy cerca de lograr su objetivo” (p. 221)— como afirma el autor, es algo que no logra comprobar. También acerca de la derecha mexicana se echan de menos las referencias a algunos de los trabajos de Jean Meyer, Brígida von Mentz y Ricardo Pérez Montfort, y sorprende que no se mencione siquiera a autores como Gastón García Cantú y Alicia Gojman de Backal, bien conocidos en este campo.

Tampoco se demuestra que los acontecimientos españoles marcaran el ritmo de la historia de México y mucho menos que fueran defintorios para ella. A pesar de que al autor abunda en afirmaciones en este sentido, las fuentes no las avalan cabalmente. No es suficiente señalar que el corresponsal de *The Times* escribiera que México aguardaba de España “una indicación sobre su propio futuro político” (p. 92) o que el embajador mexicano en Madrid, Ramón P. de Negri, expusiera que “el triunfo de Franco determinaría una ofensiva inmediata y poderosa contra todas las fuerzas revolucionarias de México. [...] Una batalla en el Jarama o un cañoneo en el Mediterráneo, pueden repercutir mañana mismo en México” (p. 113). La opiniones personales de un periodista inglés o la de De Negri, turbio personaje que estuvo unos pocos meses en la Embajada de México en Madrid y por quien Cárdenas no se sentía representado (p. 131), no son evidencia suficiente como para que Ojeda haga semejante inferencia. Tampoco es evidencia del poder de la derecha mexicana y del *viraje de la Revolución mexicana hacia posturas más conservadoras motivado por la victoria de*

Franco (p. 280, las cursivas son mías), que Manuel Ávila Camacho y Juan Andrew Almazán “aborrecieran el comunismo y desearan erradicarlo de la vida nacional”. Y menos aceptable es que para magnificar el impacto de los sucesos españoles en México se escriban cosas como que la “Universidad Nacional de México [*sic*], tal vez inadvertidamente, conserva como lema la consigna de ‘Por mi patria hablará el espíritu’ [...] generalmente atribuido a Vanconcelos, pero que sin duda está inspirado en la propaganda franquista” (p. 239), ya que es bien sabido que Vasconcelos creó el escudo y el lema universitarios en 1920, cuando fue rector. Es disparatado afirmar que en los años veinte, Vasconcelos (quien años después sería efectivamente simpatizante de los franquistas), actuara influido por la propaganda de Francisco Franco.¹

El mejor conocimiento de los estudios sobre el cardenismo hubiera permitido a Ojeda observar con mayor claridad las diferencias sustanciales entre la experiencia española y la mexicana, lo cual parece ser un problema importante que aqueja al trabajo. Esto se evidencia al intentar forzar la historia de México para que quede subordinada a la de España y al modelo español sin considerar las diferencias profundas de ambos procesos. Paradójicamente, el autor recoge opiniones del presidente mexicano que parecen contradecir sus propios supuestos, pues, a la inversa, muestran cómo Cárdenas pensaba que la experiencia mexicana podría haber sido útil a sus amigos españoles, y no al contrario.

Hubiera sido especialmente importante para saber lo que opinaba Cárdenas, que el autor sustentara sus planteamientos en sus propios escritos —que, por cierto, no aparecen registrados en la bibliografía aunque se citan en algunas ocasiones—, y también en los de otro personaje destacado dentro de esta historia, Vicente Lombardo Toledano, a los que aparentemente no recurrió.

¹ José Joaquín BLANCO, *Se llamaba Vasconcelos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1977, p. 89 *apud* José VASCONCELOS, *El desastre*, México, Botas, 1951, p. 85.

En la introducción Mario Ojeda Revah escribe que una contribución original de su trabajo es su visión del abastecimiento de armas de México a la República. Al respecto indica que se cuenta con dos libros publicados en Estados Unidos, uno en los años cincuenta y otro en los ochenta, que dejan muchos interrogantes, pero que ni españoles ni mexicanos se han ocupado mayormente del asunto. Sin embargo, el lector más o menos informado no puede menos que sorprenderse cuando sólo en nota (p. 288), como al pasar, se refiere al ya clásico libro sobre el tema de José Antonio Matesanz, *Las raíces del exilio. México ante la guerra civil española, 1936-1939* (1999). Lo que más admira es que el propio Matesanz precisamente dedicó un capítulo completo a la “ayuda militar y material” de México a la República, y que Ojeda, curiosamente, apoya su narración en no pocas citas de fuentes que Matesanz dio a conocer en dicho capítulo, provenientes sobre todo de la prensa mexicana, sin reconocer esta deuda. Más grave aún es que encontremos frases o párrafos completos de Ojeda que claramente parafrasean a José Antonio Matesanz. Lo primero se puede verificar comparando las páginas 107-170 de Matesanz con las páginas 146-175 de Ojeda. De lo segundo daré a continuación, como botón de muestra, algunos ejemplos.

Matesanz escribió: “El 10 de agosto de 1936, en concordancia exacta con el primer desmentido de que se estuviesen organizando milicias obreras, anota el presidente Cárdenas en sus apuntes [...]” (p. 115). *Ojeda* escribe: “Así, el 10 de agosto de 1936, el mismo día en que su gobierno se negó a armar a los trabajadores mexicanos, Cárdenas escribió en sus diarios [...]” (p. 148). *Matesanz*: “La carta dirigida por el presidente al ciudadano general de división, el secretario de Guerra y Marina Manuel Ávila Camacho, dándole cuenta de la solicitud del embajador de España, daba la orden conducente y precisaba: ‘en la inteligencia de que esta Secretaría se servirá fijar los precios de los citados pertrechos’. [...] La operación debía realizarse con todo secreto dadas las implicaciones potencialmente explosivas. No era lo mismo

actuar como agente de ventas de un gobierno amigo, y con la aceptación más o menos 'positiva' del vendedor, que vender directamente el armamento propio" (p. 115). *Ojeda*: "Una carta de Cárdenas al ministro de Guerra, Manuel Ávila Camacho, le comunicaba la solicitud de Gordón Ordás: 'En el entendido de que la Secretaría a su cargo fije los precios de los pertrechos antes mencionados'. Al principio, el gobierno de Cárdenas hizo todos los esfuerzos posibles por mantener el asunto en secreto, temiendo las repercusiones potencialmente explosivas, tanto en los escenarios nacional como internacional. De esta manera Cárdenas le ordenó a Ávila Camacho que manejara la cuestión con absoluta confidencialidad. Una cosa era actuar como intermediario para un gobierno amigo con la complicidad de la parte vendedora y otra venderle directamente el armamento" (p. 148). *Matesanz*: "La travesía se inició bajo buenos auspicios a pesar de las múltiples dificultades, más o menos lógicas, con que había tenido que enfrentarse el embajador Gordón Ordás" (p. 122). *Ojeda*: "A pesar de las numerosas dificultades a las que se tuvo que enfrentar Gordón Ordás, el viaje arrancó bajo buenos auspicios" (p. 152).

Estas aparentes coincidencias no dejan una buena impresión en el lector y hacen que las aportaciones de Ojeda al tema queden ensombrecidas por tomar libremente de un autor que sólo cita una vez, al pasar, pero que no aparece en su bibliografía y cuyo libro es importante pionero en el tema.

En general, el uso deficiente o la falta de conocimiento del autor de la bibliografía más o menos reciente, sobre todo mexicana pero no exclusivamente, también sorprende. Ya se mencionó esta carencia referida a los estudios del cardenismo y de la derecha mexicana, pero a éstos se deben sumar otros referidos a relaciones internacionales (Friedrich E. Schuler) y aun a los aspectos políticos de la relación entre México y la República española (Abdón Mateos). Acerca del exilio en México, tema que como bien dice el autor se ha trabajado mucho, es revelador que algunos de los datos que emplea provengan de un estudio clásico sobre el tema, el de Patricia Fagen, escrito hace más de treinta años, punto de partida de

investigaciones posteriores, pero cuya información ha sido rebasada en muchos sentidos (Clara E. Lida y Dolores Pla, entre otros).

Es una lástima tener que subrayar tantos defectos, cuando en el libro hay algunas aportaciones especialmente notables y originales, como el análisis del apoyo que el gobierno mexicano brindó en Checoslovaquia y por medio de la Embajada mexicana en París a los intentos de la República por hacerse de armamento. También es original y novedoso el capítulo titulado “Escritores, artistas, combatientes. Mexicanos en España. Voluntarios y propagandistas”, que examina tanto a representantes de derecha como de izquierda. Si bien aquí algunas de las fuentes que cita son conocidas, aporta otras poco o nada exploradas, especialmente las referidas a los combatientes. Otro acierto son las ilustraciones, un documento en sí mismas; aunque algunas ya eran conocidas, como las fotografías provenientes del Archivo General de la Nación de México, otras no, como los carteles de guerra, uno de los cuales ilustra bellamente la portada del libro.

En síntesis, se puede afirmar que se trata de un libro que enriquece unos cuantos aspectos de una historia ya bastante conocida, pero que en general está muy lejos de ofrecer una mirada novedosa. Esto último se confirma cuando el propio autor anota, como conclusión de su investigación, que Cárdenas tenía razón cuando señaló que la guerra civil española era “una etapa más en el conflicto generalizado entre fascismo y democracia” que llevaría a un conflicto mundial, mientras los miembros de la Sociedad de Naciones “se limitaron a presenciar el sangriento enfrentamiento civil con la esperanza de que permaneciera como un problema exclusivamente español” (p. 26). Esto también lo habían adelantado muchos otros investigadores antes que él.

Dolores Pla Brugat

Instituto Nacional de Antropología e Historia